

AL MARGEN DE LA CONFERENCIA DE ARGEL

¿HAY ARMAS NUCLEARES EN EL ORIENTE ARABE?

El objetivo de la reunión de jefes de estado árabes, que se reúnen en Argel desde el lunes —que deberán publicar un comunicado el viernes—, es el de unificar sus políticas para la conferencia de paz, que comenzará en breve, probablemente en Ginebra (el domingo pasado, Israel dio su acuerdo de principio a la reunión y a la ciudad). Una mezcla de sultanes y reyes, presidentes de república y revolucionarios de varias disciplinas, con ópticas muy distintas acerca de lo que debe ser lo que Nasser llamaba "la gran nación árabe" y de cómo debe construirse la zona en torno a Israel —o sin Israel— es poco esperanzadora acerca de una unidad, digan lo que digan los comunicados finales. Hay ciertamente unidad en lo que se refiere al petróleo; la guerra económica está dando buenos frutos, y no son los menores los de los beneficios obtenidos o que se van a obtener. No la hay en cuanto a las posibilidades de una reanudación de la guerra. Sin embargo, se dice que los reunidos en Argel han examinado la posibilidad de una guerra atómica.

Hace años corrió insistentemente el rumor de que Israel tenía ya una bomba atómica operativa. Se dijo precisamente en 1967, aunque antes había sido objeto de especulaciones. Hay muchos datos en favor de esa tesis: la mayor parte de los sabios atómicos son judíos, el servicio de espionaje de Israel parece no solamente capaz de aportar datos técnicos, sino también material; en cuanto al dinero, obvio es decir que no falta. En estos días, el rumor que circula insistentemente es el de que Israel tiene un cierto número de misiles —cuatro, diez?— con cabeza nuclear, apuntados hacia las capitales enemigas: lo suficiente, sin duda, para devastarlas y destruir por muchos años la potencia árabe. Estos misiles no serían empleados más que en caso de que estuviese realmente amenazada la existencia de Israel como estado, y de una manera prácticamente desesperada. Pero el cálculo y el juicio de la desesperación pertenecen a personas del fanatismo de Golda Meir y de Dayan; podrían emplearlo en un momento que ellos creyesen realmente desesperado. La insistencia en esta posibilidad atómica de Israel incita a los árabes a buscar su propia bomba atómica. El iniciador de esa idea fue Ghadafi, que ahora no está en Argel —ha declarado en París que esta reunión era simplemente cómica y que por lo tanto no podía unirse a ella—, quien pretendía un "pool" árabe, a partir del dinero del petróleo —del cual Libia tiene mucho—, para llegar a fabricar la bomba; pero mientras tanto se sugiere que se puede adquirir. ¿Hay un mercado de bombas atómicas? Está claro que de Estados Unidos no la van a obtener. Ni de Francia: las conversaciones de Ghadafi con Pompidou versan, naturalmente, sobre armas convencionales. El último país occidental capaz de producir bombas atómicas es Gran Bretaña, pero hace tiempo que cortó sus experiencias, reposó sobre la defensa de Estados Unidos y, desde luego, no es país vendedor. Quedan la Unión Soviética y China. La URSS no cedería la bomba atómica a los árabes por nada del mundo, en su posición actual. Y no parece que China esté ahora en posición de hacerlo. Perturbaría toda su política.

No parece, por lo tanto, que haya un riesgo atómico inminente en el oriente árabe. Pero no debe cesar de pensarse en él. El acuerdo de "no proliferación" no es tan fácil de realizar como se cree, y la bomba atómica —su fabricación y hasta su miniaturización— es hoy menos secreto de lo que se cree. En cambio, no hay que descartar la idea de una reanudación de hostilidades en lo convencional. Dependerá de que la conferencia de Ginebra se celebre pronto y de que Israel se muestre en ella más conciliador de lo que ha sido hasta ahora, lo cual, a su vez, dependerá del desarrollo de la grave crisis interior de los Estados Unidos —que puede llevarle a suavizar sus posiciones, pero también a endurecerlas hasta el punto de una acción directa— y de la coexistencia de las grandes potencias. Las posibilidades que tienen los reunidos en Argel es las de que hayan percibido el impacto real de su guerra económica en el mundo, pero también del miedo que tengan de llevarla demasiado lejos y ser víctimas de una acción de represalias. De la que sólo puede salvarles, esa es la realidad, una defensa de la URSS. ■ J. A.

Las repercusiones de la actual situación de los Estados Unidos en el mundo son enormemente graves. No nos engañemos: los Estados Unidos son una cabeza imperial, y lo que suceda en Washington repercute en París, en Londres, en Bonn. O en Atenas. O en Santiago de Chile. Lo estamos viendo en estos mismos momentos. No basta con que Europa agrande más el foso teórico que le separe de los Estados Unidos, al mismo tiempo que agranda el que separa a sus propios países. Si en estos momentos los Estados Unidos quisiesen envolver a Europa, en una situación de peligro muy real, nadie podría despegarse de ellos: ni los más independentistas. El deslizamiento de los Estados Unidos hacia la solución de su crisis de régimen y de sistema, sea cual sea esta solución —la de los duros o la de los blandos, la de los autoritarios o la de los demócratas—, es una cuestión de enorme delicadeza, de equilibrio sobre un hilo. Se puede romper por cualquier causa. Se está hablando ahora de la posibilidad de una nueva erupción de la guerra en Vietnam, como se habla también de la posibilidad de que se reanuden las hostilidades en el Oriente árabe. Cualquiera de estos dos acontecimientos, y los dos juntos sobre todo, podría causar la rotura de ese equilibrio y conducir a los Estados Unidos a una reacción, con Nixon o sin él. Una reacción interior y exterior. La Unión Soviética lo sabe, y está actuando con enorme moderación. Qué duda cabe que de esta crisis puede salir con grandes beneficios —no del tipo revolucionario o de subversión mundial, que le siguen atribuyendo los interesados en ello, sino en su nueva línea—, pero también con enormes destrozos, incluso verse envuelta en una guerra más o menos localizada: O enfrentarse con la duda de qué hacer si los Estados Unidos, no abandonados por algunos países europeos —Alemania Federal, Gran Bretaña, indudablemente Grecia, probablemente Holanda— y llevando a otros a remolque, emprendiese una intervención directa en la zona del petróleo.

Los problemas interiores de los Estados Unidos no son los únicos. Una serie importante de res-

tricciones de la sociedad de consumo y una inflación galopante, imposible de contener, podrían producir tal cúmulo de problemas sociales, que habría enfrentamientos graves entre pueblos y gobiernos. La escasez de energía puede producir cierres de fábricas o, al menos, reducción en las jornadas de trabajo y el número de empleados, unido al alza de los precios; toda la débil situación social sobre la que se estructura la Europa de hoy podría venirse abajo. Sin que la ayuda de los dólares, en este caso, pudiera salvarla. Un hundimiento del mundo occidental, en estas condiciones, no favorecería a la Unión Soviética, digan lo que digan los duros; se encontraría con gobiernos autoritarios, probablemente rudos, con los que negociar; se encontraría con las repercusiones inmediatas en su propia economía. Se olvida fácilmente que hace ya muchos años que la URSS ha dejado de basarse en la autarquía de su propio bloque y que es inevitablemente dependiente ya, en muchos aspectos, de la economía occidental (y viceversa). Los diez años de coexistencia han tenido, repitámoslo, una orientación determinada, durante los cuales ha ahondado además sus diferencias de toda índole con China, a la que difícilmente podría ahora volverse en busca de ayuda (económica, política o militar), ni reconstruir su bloque con las características que tuvo durante la guerra fría. A menos que sufra una retracción paralela sobre modelos aún más autoritarios de los que conoce.

La situación, repitámoslo, es enormemente grave. Estamos en su principio. Puede durar años, puede tener un estallido violento en cualquier momento. La angustia de las bolsas de todo el mundo; la de Wall Street está en una situación próxima al pánico, y un comentarista financiero fiable de los Estados Unidos ha dicho que la caída desde el 26 de octubre —la alarma nuclear— hasta ahora es «la más rápida en el período más breve de la historia moderna». El dinero es, como se sabe, enormemente cobarde, y quizá la de ahora sea una reacción exagerada, pero es una reacción que produce a su vez otras en cadena. ■ JUAN ALDEBARAN.